

# La oposición republicana

## *durante la restauración*

por ALVARO DE ALBORNOZ

La otra oposición republicana. La que fué prolongándose año tras año hasta sobrepasar el medio siglo. La que puede ofrecernos tantas enseñanzas, ya que no nos haya aleccionado la fugaz República que ni siquiera llegó al clásico bienio de la cronología liberal española.

Entonces no hubo emigración en masa. No hubo lo que ahora hemos dado en llamar éxodo —un éxodo sin Moisés y sin maná—. Sólo tuvieron que emigrar los jefes y los republicanos más conspicuos, y aun algunos lo hicieron por “gesto”, por “pose” revolucionaria. No representaba entonces la reacción española —feroz como siempre, bien próximo estaba el saqueo de Cuenca— un generalito formado en las crueldades de la guerra colonial, sino un hombre de Estado, Cánovas, rodeado de políticos. Ni había los procedimientos del fascismo y del nazismo. La máxima representación de la reacción europea la tenía Bismack, el hombre de Estado tan admirado por nuestro Cánovas, que no pasó nunca de “las leyes de Mayo” y del célebre “Kulturkampf”.

El reloj republicano se había parado en 1873. Aquellos hombres estaban dispuestos a ser eternamente los hombres de

1873; los unos en el café, también rebelde al tiempo, donde rebullían las capas goyescas; los otros, con sus barbas esculpidas de santos laicos, en unas hornacinas. Los mismos hombres y los mismos partidos. Cada jefe una doctrina, una táctica: política, un temperamento incompatible con todos los demás. Y las mismas divisiones y discordias en el destierro que allá en Madrid y en Barcelona y en Valencia. Por algo y para algo eran españoles, españoles de las guerras civiles y de las revoluciones frustradas del siglo diecinueve.

Aquellos hombres no tenían en el destierro más placer que la murmuración, que es, como se sabe, el placer de los dioses. Se miraban unos a otros de arriba abajo y sentían unos por otros el más profundo desprecio. Pi y Margall decía de Salmerón que era un hombre hueco y Salmerón decía de Pi y Margall que era un sectario imposible. Castelar los despreciaba a todos olímpicamente. Decía de Salmerón que sería el orador más elocuente de todas las edades si hablara en alguno de los idiomas conocidos. De Pi y Margall decía que le había hecho odiosa la virtud. Y a Ruiz Zorrilla, el "héroe pasiego", con sus "conspiraciones de paja", lo tenía por un esperpento revolucionario. Las figuras menores del republicanismo le inspiraban las frases más crueles. Pedregal, "montón de piedras". Muro, "piedra sobre piedra". A Azcárate le llamaba su "sabio y profundo deudo". No hay que decir que todos los agraviados le pagaban en la misma moneda.

La explicación que daban todos o casi todos del desastre republicano no podía ser más sumaria: el 3 de enero y el "golpe" de Sagunto. Las dos bestias negras del republicanismo proserito y errabundo eran Pavía y Martínez Campos. Y lo que se habían llevado las bayonetas eran las mismas bayonetas las encargadas de traerlo. A un "golpe", otro "golpe". La solución la tenía en su mesa de despacho de París Ruiz Zorrilla, en las carpetas donde figuraban los nombres de los generales republicanos: Izquierdo, Gándara,

Pieltain, Socías, Merelo, Lagunero, Villacampa... Todos ellos conspiraban a prueba de fracasos. El primero, el de Naval-moral de la Mata. El segundo, mucho más terrible, el de Badajoz, que repereute en Santo Domingo de la Calzada con las más trágicas consecuencias. Más tarde, la inconcebible sublevación de Villacampa. El último chispazo se produce en Alcalá de Chisvert ya en 1889. La ilusión revolucionaria sólo se quebranta con la salud y se extingue con la vida de Ruiz Zorrilla, que va a morir a su tierra burgalesa, de pacíficos labriegos, reaccionarios a machamartillo.

Fracasada la acción militar no queda sino la acción civil, la propaganda dentro de la ley. Pero ¿cómo? Unos, como Castelar, se han acogido desde el primer momento a la legalidad monárquica y esperan el triunfo de la democracia del sufragio universal, que Sagasta ha prometido. Otros, como los partidarios de Ruiz Zorrilla, aún después de muerto éste, sólo están dispuestos a aceptar las urnas mientras no puedan acudir a las armas. Salmerón fluctúa entre una legalidad que le repugna y la violencia, que le repugna igualmente. Pi y Margall se mece en las alturas filosóficas y proclama desde ellas que la revolución no vendrá sino esparciendo a la luz del día las ideas y guardando en las sombras las espadas.

Por otra parte ¿cómo conciliar lo inconciliable a fin de dar al republicanismo algo que se parezca a un programa nacional? Suenan a una discordes **El Globo**, de Castelar, **La Justicia**, de Salmerón, y **El Nuevo Régimen**, de Pi, mientras **El Motín**, de Nakens, arremete contra todos. Castelar proclama su incompatibilidad con el socialismo, mientras Pi y Margall afirma en "Las luchas de nuestros días" las doctrinas sociales más avanzadas. Salmerón, ecléctico, no consigue hacer olvidar su famoso discurso de 1870 sobre "La Internacional". Ni aun en las cuestiones nacionales que mayor trascendencia encierran para el porvenir de España logran ponerse de acuerdo estos hombres insignes. Pi y Mar-

gall, bajando esta vez de las alturas a la realidad miserable de aquella España, se opone en 1898 a la guerra con los Estados Unidos, mientras Castelar se remonta líricamente y brinda "por nuestro inmortal Ejército, continuador en los trópicos de las nacionales epopeyas históricas". Salmerón, como siempre, vacila entre la corriente de la opinión pública y los dictados de su luminosa y honrada conciencia. Y así pierden todos autoridad para exigir las responsabilidades del desastre, que produce, sin duda, impresión profunda, pero no llega, ni con mucho, a una verdadera conmoción nacional.

Con tales discrepancias, sólo es posible coincidir en unos cuantos tópicos, en unos cuantos lugares comunes, en unas cuantas ideas vulgares. Y eso es la sustancia de todos los programas republicanos que se suceden en una serie de movimientos improvisados "para traer la República". El buen pueblo republicano se impone a veces y obliga a sus directores a unirse; pero estas uniones son tan efímeras como estériles. De la Unión republicana se pasa a la fusión republicana y de ésta a la Coalición y a la Alianza sin que quede la menor huella fecunda de tales movimientos, que sólo sirven para llevar al Congreso unos cuantos diputados. Las inteligencias que se pactan en medio del mayor entusiasmo se deshacen entre dictérios y recriminaciones.

Y así transeurren los años. Diez, veinte, treinta, cincuenta. Los jefes se van muriendo de puro viejos. La muchedumbre, siempre creyente, se agrupa en los cortejos fúnebres, detrás de los grandes muertos, con los estandartes y banderas a la funerala. Se suceden las veladas necrológicas, que alternan con los banquetes funerarios del 11 de Febrero. Flores sobre las tumbas amadas y veneradas.

No en vano el reloj republicano se había parado en 1873. Aquellos hombres tenían siempre fija la vista en la fecha histórica, y con los ojos ponían en el pasado todos los amores del corazón y todas nostalgias del espíritu. Entre tanto, el reloj de España, reloj de sol, reloj de agua, todo lo primi-

tivo que se quiera, iba marcando las horas y los días, lentos, tristes, llenos de desgracias y de fúnebres presagios. Era el tiempo en marcha, al ritmo de la carreta de bueyes, sin duda, pero era, al fin, el tiempo. Mientras, en la vecina Europa los acontecimientos se precipitaban, amenazando envolvernos en su violento torbellino.

No imitemos a los republicanos de 1873 en la oposición, ya que hemos seguido demasiado su ejemplo en el poder. No hagamos de 1931 una meta; mucho menos un fetiche. Dejemos allá, en Madrid, en Barcelona, en Valencia, bien enterradas las viejas discordias. No miremos al pasado, sino al futuro. Vayamos a cosas nuevas, en vez de añorar las viejas y fenecidas. El destino nos ha deparado a los que vivimos en la emigración los horizontes más dilatados. Que ellos nos abran los ojos al inmenso futuro a que son empujados por el tiempo en marcha vertiginosa todos los pueblos.